

apariencias pacíficas, en medio de fiestas continuas, en Fontainebleau y en Compiègne, en Biarritz y en Plombières, lo mismo que en las Tullerías y en Saint-Cloud, el conspirador coronado perseguirá su objeto con tanta paciencia como misterio.

El período que vamos á trazar puede resumirse en una palabra: preparación de la guerra de Italia.

El apóstol de las nacionalidades no podía figurarse que sería mártir de ellas.

## LI

## LA EMPERATRIZ EUGENIA

La emperatriz acababa de cumplir su principal misión: había dado á su esposo un hijo y al Imperio un heredero. El niño había nacido en un día de triunfo, el Domingo de Ramos. ¡Cuán poco se figuraba la madre que acabaría su corta vida por un calvario! Lo que sobre todo halagaba á la satisfecha emperatriz era que aquel niño tan deseado, no tan sólo era un hijo de Francia, sino de la Iglesia, y que, ahijado del Papa, se posaba sobre su cuna la bendición del Padre Santo.

En aquella época no había la más ligera nube entre el Imperio y la Santa Sede. Las tropas francesas daban guardia á la puerta del Vaticano. El 8 de febrero de 1856 Pío IX había escrito á Napoleón III: «No puedo ocultar á V. M. que Dios me inspira una dulce confianza; me lisonjea la idea de creer que quiere difundir nuevas misericordias, las cuales descenderán en abundancia sobre vos, señor, conformè vayáis cumpliendo el compromiso de sostener y proteger á la Iglesia en cuyo seno habéis nacido. Por lo que á mí hace, no tengo otros motivos para mis palabras y oraciones que la gloria de Dios, la salvación de las almas, la propagación de la fe y el honor de los príncipes católicos.... Recibid, señor, la bendición apostólica que doy á V. M. con efusión desde el fondo del corazón, á S. M. la emperatriz, al augusto niño que lleva en el seno y á la Francia entera.»

La noticia del nacimiento del príncipe imperial llegó á Roma en el momento que el Papa celebraba en la Basílica de San Pedro la misa pontifical del Domingo de Ramos. En seguida una salva de ciento un cañonazos, disparada en el castillo de San Angelo, lo anunció al numeroso pueblo reunido para la ceremonia de Semana Santa. Por la noche hubo iluminaciones en el palacio de la embajada francesa, en la Academia de Francia, en las iglesias nacionales y en el círculo militar.

El conde de Rayneval, embajador de Francia en Roma, escribía el 29 de marzo al conde Walewski, ministro de Negocios extranjeros: «He tenido el honor de entregar personalmente al Padre Santo la carta de notificación en la que el emperador da parte á S. S. del nacimiento del príncipe imperial. El Padre Santo ha aprovechado esta ocasión para expresarme en los términos más lisonjeros el gran interés que le había inspirado tan dichoso acontecimiento y los vo-

tos que hacía por la ventura del joven príncipe y por el pronto restablecimiento de la emperatriz. Una señal tan evidente del favor del cielo no puede dejar de dar los mejores frutos. La seguridad del porvenir ayudará poderosamente á vencer dificultades del presente. Nunca faltarán á SS. MM. II. ni á Francia las oraciones de S. S. por su prosperidad y su dicha. Al Padre Santo le ha lisonjeado en extremo la acertada idea de S. M. de mencionar en su discurso la bendición pontificia llegada al joven príncipe poco después de su nacimiento. Aparte de lo que le concierne personalmente en esta manifestación de los sentimientos del emperador, S. S. ha aplaudido sobre manera ese brillante testimonio de la unión de los dos poderes y de su simpatía recíproca. Por todos conceptos su causa no puede menos de ganar en ello.»

El conde de Rayneval daba al mismo tiempo una noticia que causó mucha alegría á la emperatriz Eugenia: «S. S., añadió, ha resuelto enviar este año á S. M. la emperatriz la rosa de oro que bendice todos los años por la Cuaresma. Esta piadosa costumbre, cuyo origen se ignora á punto fijo, rara vez tiene explicación. La última vez que se entregó la rosa de oro fué á S. M. la reina de Nápoles, cuando el Padre Santo volvió á sus Estados, en testimonio de agradecimiento por la generosa hospitalidad que recibió en Gaëta así como en Portici durante su destierro.» Ningún presente podía ser tan grato á la emperatriz como la rosa de oro, de la cual era digna por su fe ardiente de católica y por su solicitud por los intereses de la Santa Sede. Mientras duró su reinado, se portó como hija fiel de la Iglesia, y las nubes que á veces se elevaron entre el Imperio y el Papado fueron uno de los mayores disgustos de su vida. Pero al nacer el príncipe imperial no se advertía ningún síntoma de disenso entre Napoleón III y Pío IX. La concordia parecía absoluta y definitiva.

La emperatriz se mostraba también como soberana tan caritativa como piadosa. Las muchas fundaciones puestas bajo su patrocinio atraieron toda su solicitud. Prestaba su atención al hospital Eugenio Napoleón, cuyo primer capital fué la suma de seiscientos mil francos que la ciudad de París había destinado para regalarla un collar al hospital de Santa Eugenia, fundado en 1856, y al orfanato del príncipe imperial, creado en 1854. La sociedad de salvamento de naufragos estaba colocada, como todas las salas de asilo, bajo la tutela de la emperatriz. En París y sus suburbios se organizaron comisiones de suscripción para ofrecerla un testimonio de adhesión con motivo del nacimiento de su hijo, y se llenaron con rapidez las listas de suscripción en todas partes, y en pocos días se recogieron más de seiscientos mil firmas y se reunió una cantidad que excedía de ochenta mil francos. El número de suscriptores, así como las sumas suscritas, limitadas entre cinco y veinticinco céntimos, probaba que las clases obreras en especial habían querido dar una prueba de simpatía á su soberana.

Como los presidentes de las comisiones preguntaran en qué deseaba S. M. que se invirtiera el dinero recogido, el ministro del Interior, M. Billault, les contestó el 20 de mayo: «La emperatriz os da las gracias en su nombre y en el de su

hijo. Aceptará con gratitud los tomos de firmas, elocuente testimonio de los sentimientos de la población parisiense; pero en cuanto á las cantidades producidas por la suscripción, le permitiréis que haga una obra de caridad, como hizo con los seiscientos mil francos votados por el municipio con motivo de su casamiento. Patrona de las asociaciones de caridad maternal y de las salas de asilo, desea poner bajo el patrocinio de su hijo á los huérfanos pobres. Quiere que el desgraciado obrero arrebatado prematuramente á su familia tenga al menos al morir la consoladora esperanza de que la benevolencia imperial velará por sus hijos. Una comisión permanente y gratuita buscará en París huérfanos, así como matrimonios de obreros honrados que, mediante una subvención anual, accedan á acoger en su casa á esos pobres niños, criarlos, darles una familia y enseñarles un oficio..... La emperatriz habrá realizado de este modo el piadoso y delicado propósito de asegurar á esos infelices seres, á quienes la muerte ha privado de su sostén, no ya el abrigo de un hospicio, sino el apoyo, el cariño, los cuidados de una nueva familia.»

Citemos también este extracto del diario de M. Pinard: «La misión de la dama caritativa que no revela su nombre á nadie y que visita personalmente á los enfermos y á los pobres, sedujo á menudo á la emperatriz. En ciertas épocas, acompañada solamente de una dama de palacio y sencillamente vestida como ella, hacía excursiones discretas por casas humildes y subía á muchos pisos. Un día el público la conoció y siguió, y desde entonces se designaron dos agentes para que velaran por su seguridad, sin que ella lo supiera y con toda reserva, cuando hacía por la mañana aquellas piadosas peregrinaciones.

Cuando nació el príncipe imperial, la emperatriz era verdaderamente popular. Llamaba la atención por su bondad y su belleza. Halagar, consolar, hacer bien, tal parecía ser su divisa. Todo el mundo veía en ella el ángel bueno del emperador y la providencia de los pobres. Todavía no se daba á conocer como mujer política: su esposo era el que asumía por sí solo todas las cargas y todas las responsabilidades del poder.

La emperatriz era entonces verdaderamente feliz. El clero la trataba como una nueva Blanca de Castilla. Si entraba en una catedral, lo hacía bajo palio rodeada de una nube de incienso. Gozaba de todos los prestigios del rango supremo sin que la molestaran los nimios y fastidiosos detalles de la antigua etiqueta real. En calidad de damas de palacio, estaba rodeada de mujeres jóvenes agradables y distinguidas. El palacio de las Tullerías había perdido su aspecto tétrico y ya nadie se acordaba de las terribles catástrofes que acompañaban á su historia. Las habitaciones de la soberana eran modelo de lujo y de elegancia; y en lugar de vivir encerrada en el palacio, como Luis Felipe y su familia, podía pasear, lejos de las miradas de la gente, por el jardín reservado que se extendía delante de la fachada. Los palacios de Saint-Cloud, de Fontainebleau y de Compiègne eran residencias deliciosas en las que disfrutaba tranquilamente de los placeres del más agradable veraneo, y donde podía vivir á su gusto, ya la

vida fastuosa de una emperatriz, ya la vida privada de una simple castellana.

No nos atrevemos á garantizar que en 1856 Napoleón III era un marido absolutamente fiel; pero acerca de este punto haremos observar que para los monarcas ciertas debilidades no forman parte de su historia, sino cuando por su ostentación adquieren el carácter de escándalos públicos, como en tiempo de Luis XIV y Luis XV. Lo que se puede afirmar es que Napoleón III nunca dejó de atestiguar á la compañera escogida por su corazón las atenciones más respetuosas y más tiernas y que siempre la profesó un profundo sentimiento de cariño y admiración. Casi nunca se separaba de ella, y durante sus cortas ausencias le escribía afectuosas cartas. Habiéndola dejado en julio de 1856 para tomar las aguas de Plombières, le escribía: «Tú y el niño lo sois todo para mí.... Veo con satisfacción que se acerca el momento en que volveré á verte, así como á nuestro hijo, y estoy tan contento que tengo miedo de que de aquí á entonces caigáis enfermos él ó tú. Que no se acerque mucho al estanque en sus paseos. Tú tampoco te canses. Estas recomendaciones son tontas quizás; pero cuando soy dichoso, todo me da miedo.»

Aparte de algunos deslices que jamás trascendieron al público, Napoleón III fué muy buen marido. Mme. Cornu decía de él: «Por muchos lados de su temperamento tiene algo de femenino. Adora á su hijo como una madre, más bien que como un padre.» Dulce y benévolo, afectuoso y sentimental, mostraba en el seno de la familia una bondad y una igualdad de humor jamás desmentidas. Satisfecho de ver á la emperatriz desempeñar tan bien su papel de soberana, buscaba con solicitud todas las ocasiones de mostrarse agradable con ella, de proporcionarle distracciones, de darle notoriedad y hacerla admirar. Ella prefería los goces del espíritu á los del arte, y su marido jamás se ponía tan contento como cuando la veía sostener con brillo el cetro de la conversación y dejar encantados á sus interlocutores.

Hemos dicho ya que Napoleón III había olvidado las injurias hechas á Luis Bonaparte, y aquí podemos añadir que la emperatriz Eugenia perdonaba á las personas que habían sido hostiles á la señorita de Montijo. No guardaba rencor á las que habían puesto trabas á su matrimonio, por más que á veces se lo recordaba con cierto tinte de malicia. M. Mesnard, primer vicepresidente del Senado y antiguo consejero del Tribunal de casación, no había visto con buenos ojos el casamiento de la emperatriz. Al leer el mensaje en que el emperador anunciaba esta unión dando sus razones para ella, dijo: «Bonito discurso, pero prefiero la salsa al pescado.» Poco tiempo después, M. Mesnard comía en las Tullerías cerca de la emperatriz, y habiendo aceptado un lenguado, la soberana le dijo: «¡Hola, señor Mesnard! Yo creía que os gustaba la salsa, pero no el pescado.» El senador, cogido de improviso, se inclinó diciendo que había mudado de parecer.

Los tres años prósperos y pacíficos cuyo cuadro procuraremos trazar, constituirán el mejor período de la vida de la emperatriz. Las inquietudes del porve-

nir, las angustias de la guerra de Crimea, el temor de no tener hijos, habían turbado el principio de su reinado. Madre ya, acababa de llegar al apogeo de su fortuna y de su belleza. La condesa Estefanía de Tascher de la Pagerie nos la describe de este modo en aquella época: «He visto mujeres tan bonitas como la emperatriz, pero no he conocido belleza más fina ni más distinguida. Es la perfección misma hasta en los menores detalles. Y lo más notable en esa belleza es que en cierto modo es exclusivamente propia, y no tiene nada de española ni de francesa ni de inglesa. Lo que tiene en su favor es que dondequiera que se presenta ocupa el primer puesto por su brillo y distinción.»

La emperatriz reunía entonces todas las satisfacciones del corazón á todas las del amor propio. Veía la gran simpatía que Francia, y podemos decir el mundo entero, sentía por el porvenir de su hijo, de esa criatura cuyo nacimiento había sido ocasión de tantas amnistías, gracias y favores.

A la sazón se publicaba un periódico cuyo director había sido encarcelado y multado varias veces. Este periódico era *Le Figaro*. Habíase prohibido su venta en la vía pública, y sus horas de existencia parecían contadas, cuando M. de Villemessant, su redactor en jefe, tuvo la ingeniosa idea de dirigir al príncipe imperial esta carta, fechada el 20 de marzo de 1856, aniversario del nacimiento del rey de Roma:

«Monseñor: Hoy hace cuarenta y cinco años que nacía un príncipe en las Tullerías. Algunos días después de este suceso, se presentaba en palacio un pretendiente para entregar un memorial al rey de Roma. El emperador, vuestro tío, quiso que la petición fuese entregada á su heredero en persona, y en seguida dijo al pretendiente, sonriendo: — ¿Qué ha contestado el rey de Roma? — Nada, señor; mas como quien calla otorga, debo creer que el príncipe accede á mi petición. — Napoleón ratificó el tácito consentimiento de su hijo.

»Monseñor, bajo los auspicios de este precedente, el *Figaro* os entrega hoy su petición. Los ciento un cañonazos que anunciaron vuestro nacimiento nos deparaban la esperanza, porque sabíamos que veníais al mundo con las manos llenas de perdón y de indulgencia.

»Por eso *Figaro* ha pensado que, á fuer de príncipe y hombre de talento, á vuestra entrada en el mundo diríais: Acabo de enjugar muchas lágrimas. *Figaro* es sin duda mucho menos culpable que otros á quienes he perdonado. Devolvamos la vida á *Figaro*, y que aprenda de mí á ser indulgente, hasta para el vicio y el ridículo. Monseñor, nuestra petición está en vuestras manos. No digáis que no, y *Figaro* se salvará.»

Y *Figaro* se salvó. Se le condonaron las sentencias que tenía aún que cumplir y se autorizó su venta pública. El periódico muerto resucitó.

El pueblo francés creía que el nacimiento del príncipe imperial sería la inauguración de una era de bienandanza y prosperidad. La población parisiense quiere mucho á los niños, y tan luego como veía en paseo al principito, se complacía en elogiar su gracia y su buen aspecto. La maternidad había dado á la

emperatriz un prestigio mayor que el mismo trono. Su marido se había guardado de turbar su alegría dejándole que adivinara las ideas belicosas que bullían en su cabeza. Al hablar con ella tenía gran cuidado en no tratar de lo que pudiera afligirla ó alarmarla. Si le hablaba de su expedición á las Romanías en 1832, le decía que jamás se había afiliado á la secta de los carbonarios y que en un último resultado sus ideas habían sido semejantes á las que el mismo Pío IX debía profesar más adelante al principio de su pontificado. Repetía que no se debe confundir á los liberales con los revolucionarios, y que su política, inspirada en principios generosos y civilizadores, sería siempre una política de orden y de progreso.

Antes de lanzar á Francia en las aventuras y peligros de una nueva guerra, Napoleón III quería dejarla saborear tranquilamente las dulzuras de la paz; por lo tanto la consigna consistía en prescindir de todo pronóstico desagradable y dar al comercio y á la industria la seguridad que necesitan. El año 1856 fué el más hermoso del segundo imperio. Año feliz en que la política extranjera estaba tan sosegada como la política interior; en que las miradas de Europa, en lugar de fijarse como en 1855 en los horrores de una guerra sangrienta y terrible, se posaban en la cuna de un niño, y en que el águila sostenía en sus garras, no el rayo, sino un verde ramo de oliva. Es el período que podría llamarse de los hermosos días de la emperatriz Eugenia.

## LII

## EL CONDE WALEWSKI

En 1856, la diplomacia francesa era tan brillante y estaba tan á la moda como su ejército y su marina. Se profesaba gran admiración á los heroicos combatientes de Sebastopol, así como agradecimiento á los diplomáticos que preparaban una paz honrosa. El ministerio de Negocios extranjeros, donde se celebraban las sesiones del congreso, atraía la atención general. Situado en el muelle de Orsay, á orillas del Sena, junto al Cuerpo legislativo, ese edificio que tiene las proporciones de un palacio y cuya primera piedra había puesto M. Guizot, había reemplazado al del bulevar de los Capuchinos, al pie de cuyas ventanas se dispararon el 23 de febrero de 1848 las descargas que produjeron la revolución del día siguiente. Acababa de inaugurarse el nuevo ministerio; las oficinas, situadas en el cuerpo de edificio contiguo, no tienen nada de particular, pero los salones de recepción y los del ministro son soberbios y están muy bien distribuidos.

En el referido año, el jefe de la diplomacia francesa era el conde de Walewski, caballero de origen polaco y naturalizado en Francia y que había servido noblemente á sus dos patrias. Alejandro Colonna, conde Walewski, pertenecía á una familia muy antigua, emparentada con los Colonna que dieron á la Iglesia un papa y cardenales, y á la Italia generales y diplomáticos. Nacido el 4 de mayo de 1810 en el castillo de Walewice, era su madre la mujer, célebre por su belleza y su patriotismo, de la que se apasionó Napoleón I, y él pasaba por ser hijo del emperador. Cuando la abdicación la condesa Walewska fué á Fontainebleau á atestiguar su abnegación al monarca desgraciado, y cuando el emperador de los franceses no fué ya más que soberano de la isla de Elba, se supo en ella la llegada misteriosa de una señora y un niño que habían acudido allí para consolarle. Creyóse que eran la emperatriz María Luisa y el rey de Roma, pero en realidad eran la condesa Walewska y su hijo.

Niño todavía cuando falleció su madre, el joven conde Walewski terminó sus estudios en Ginebra, y en seguida pasó á Francia, donde hizo su entrada en el gran mundo durante el invierno de 1829-1830. Era uno de los hombres más hermosos de su tiempo. Su arrogante presencia, su cabeza que parecía un busto de medalla romana, sus finos modales, su buen tono y su origen le pusieron muy pronto de moda. El conde de Haussonville, individuo de la Academia Francesa